

Una vida en 30 años

JUAN CRISÓSTOMO DURÁN ARRIETA

La mañana era agradable. Apenas asomaban tímidos los colores del otoño de 1989. Desde hacía tres años cumplía funciones de reportero en El Diario de Nuevo Casas Grandes. Una vieja casona semi destruida nos permitía a varios realizar nuestras tareas como reporteros. El periódico se encontraba en franca expansión por entonces compitiendo con El Fronterizo de Ciudad Juárez que se había animado a extender sus oficinas hacia Nuevo Casas Grandes y disputarle el liderazgo a El Diario.

Hay una rutina propia del periodismo, que quienes se dedican a estas tareas con profundo sentido y amor por su trabajo, no desconocen. Se llega al lugar, se revisan los periódicos y lo que haya de información. En mi caso como Jefe de Información era obligado preparar la orden de trabajo para el resto de compañeros reporteros de las distintas fuentes de información.

Abrí el pequeño tabloide donde se editaba El Diario de Nuevo Casas Grandes, entre sus páginas hubo una que llamó particularmente mi atención, se trataba de un anuncio de la Universidad Pedagógica Nacional, donde anunciaba su apertura en Nuevo Casas Grandes e invitaba a personas que cumplieran determinado perfil para conformar una planta docente local.

Me quedé sorprendido, leí una y otra vez el anuncio; no quedaba duda, cumplía perfectamente con el perfil que solicitaban. Había oído hablar poco, pero sí sabía lo que era la Universidad Pedagógica Nacional.

Me fui a mi recorrido tradicional de reportero por las diversas fuentes que me tocaba visitar. Andaba inquieto con la idea, sobre todo, porque sabía a ciencia cierta que los requisitos del perfil eran plenamente cubiertos por mí. Hacía tres años había egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Chihuahua.

Dejé pendiente mi recorrido de ese día. Fui a mi casa, recogí papeles, integré un expediente y lo llevé con el conocido profesor Marín López Varela, entonces Director de la Escuela Primaria Estatal “Gregorio Torres Quintero”, comúnmente conocida en Nuevo Casas Grandes como “La Escuela Chiquita”.

Dejé los papeles y con ello, completé un trámite.

Un par de semanas después me hablaron para una entrevista. Era ya octubre de 1989.

.....

Lo supe varios años después en voz del entrañable maestro Benjamín Quezada Martínez (que en paz descansa) con quien cultivé una larga amistad. Esa vez, sin saberlo y sin proponérselo, me confiaba palabras que eran muy significativas para mí.

—Tu caso fue muy importante para nosotros, —me dijo haciendo una larga pausa en un momento en que recordábamos el comienzo de la Subsedé en Nuevo Casas Grandes.

—¿Sí te acuerdas que Norma Leticia Moreno era la directora?, —me preguntó.

—Sí, —le respondí.

—Habíamos previamente platicado sobre la solicitud de una subsedé para Nuevo Casas Grandes. Me dijo que lo difícil iba a ser con el perfil del área de filosofía. Suponíamos que en Nuevo Casas Grandes iba a ser casi imposible encontrar a alguien con un perfil de esa naturaleza, sobre todo porque el programa de LEB 79, que íbamos a operar ahí, tenía una alta carga de filosofía, —complementa.

En efecto, la Licenciatura en Educación Básica, Plan 79, tenía varias materias con un alto contenido filosófico. Se ofertaba como parte de las clases, las materias como “Historia de las Ideas I” e “Historia de las Ideas II”, “Dos mil años de filosofía”, entre otras asignaturas que tenían que ver con la comunicación, no digamos las que tenían como contenido la investigación, todas remitían a la filosofía, la epistemología o la estética. Sus contenidos eran de un corte muy filosófico, pero sobre todo de un corte filosófico muy crítico.

—Cuando nos llega tu perfil, nos volteamos ver Norma Leticia y yo. Exactamente lo que ha-

bíamos platicado. Y sí: había uno con estudios de filosofía allí en Nuevo Casas Grandes. Nos llenamos de gusto, sabíamos que con eso resolveríamos nuestra pregunta que nos habíamos hecho sobre atender el área filosófica.

—Eras una solución para nosotros, sin que lo supieras, sabíamos que ibas a ser contratado primero, luego que íbamos a tener en ti a un buen colaborador.

Sus palabras las conservo con un gusto y una alegría indescriptible. Eran fundamentales para entender todo lo que ha significado esta universidad para mí, y, lo que me ha permitido hacer, pero siempre será mucho más lo que ella ha hecho de mí.

.....

La escuela primaria estatal “Miguel de Cervantes Saavedra” mejor conocida en Nuevo Casas Grandes también como “La Escuela Grande” fue nuestro lugar de servicio durante trece años. Por ahí pasaron generaciones que se formaron bajo la Licenciatura en Educación Básica Plan 79 y también generaciones egresadas de la Licenciatura en Educación LE’94.

Cuando solicitamos en 1993 que se nos permitiera ofertar en la Subsede el Plan 85, el Maestro Humberto Hernández, a la sazón nuevo director de la Unidad Juárez, nos dijo que el siguiente año, en 1994, iba a abrirse un nuevo Plan de Estudios que esperaríamos y nos lo autorizarían. Así lo hicimos.

La subsede Nuevo Casas Grandes tuvo una virtud que han tenido pocas en el Estado de Chihuahua: desde que iba a abrir sus puertas, se pensó en atender la demanda con personal de la región. Nunca se reprodujo lo que se hizo en otras unidades donde desplazaban a maestros de la Unidad a las subse-des, de tal forma que éstas se activaban prácticamente cuando sobrevenía el servicio docente.

La subsede Nuevo Casas Grandes, desde su inicio en julio de 1990, comenzó con la presencia de una secretaria, un intendente y cinco profesores, todos arraigados en la ciudad, todos sirviendo a la subsede. Eso permitió un desarrollo muy singular de la misma, y logró que nosotros mismos, desde su comienzo, nos preguntáramos acerca de la forma como podríamos iniciar, y tiempo transcurrido

-unos años después-, cómo hacerla crecer.

Las decisiones fueron muy locales, muy propias. La Dirección de Ciudad Juárez, por varios años dirigida por Humberto Hernández García luego de la jubilación de la Maestra Norma Leticia Moreno, supo encontrar la fórmula como para brindar suficiente autonomía y libertad a la subse-de, lo que permitió que se desplegaran formas de gobierno propias. Con estas virtudes y estas características, allá por los años noventa y los dos mil, se había considerado como una de las dos o tres subse-des más grandes del estado en cuanto al número de alumnos atendidos.

Los profesores normalistas Rafael Torres Enríquez y Evaristo Durán Jiménez, el ingeniero Jesús Pérez Vázquez, el abogado Alfonso Pando Cervantes y un servidor, fuimos los primeros maestros a quienes nos tocó preguntarnos sobre la forma en que debíamos promover a la subsede para que abriera sus puertas.

Desde sus primeros pasos, se estableció una costumbre: conducir sus destinos en base a la toma de decisiones de manera horizontal. El primer Coordinador de la Subsede, fue el profesor Rafael Torres Enríquez a propuesta de los otros cuatro.

Estábamos en Ciudad Juárez, en las viejas instalaciones de la Unidad allá por la carretera Juárez Porvenir en el edificio de una vieja escuela primaria. Norma Leticia Moreno, Directora de la Unidad y fundadora de la Subsede, luego de trascurridas las entrevistas, corridos los trámites sobre nuestros contratos, nos pidió que nos reuniéramos nosotros para que decidiéramos quién podría ser el primer coordinador de la subsede.

Dialogamos por un largo espacio. Nadie podía asumir el cargo. Los profesores normalistas tenían sus trabajos en sus respectivas escuelas, Rafael Torres en el nivel de secundaria y Evaristo Durán en una primaria. Jesús Pérez Vázquez brindaba servicios en el sector agrícola, en el Banco Rural. Juan Durán Arrieta siempre había considerado que sus labores como periodista podrían no ser compatibles con una función pública en ese nivel. Argumentaba la posibilidad de un conflicto de intereses si alguna vez sobreviniera un problema en la universidad.

—Si yo fuera el coordinador y se viene un problema, ¿quién va a aparecer, el Coordinador o el periodista? Se trata de un funcionario público y no veo compatible con mi trabajo de periodista — argumenté en ese momento.

Optamos por el descarte. Quien más posibilidades tenía era el profesor Rafael Torres Enríquez a quien elegimos -con su anuencia- que cumpliera como el primer coordinador de la subsede, cargo que desempeñó durante casi tres años.

.....

En ese paisaje semiárido donde se instala nuestra universidad, de ramas secas en invierno y copiosos árboles gigantes durante el verano, se instala prácticamente todos los días; se ha fundido con el color de la tierra, pero también con el verdor de la primavera y el verano. Es un testigo silencioso, imperceptible, callado, inocente en muchos sentidos, a todos nos mira, pero no dice nada.

Sabe que tiene cabida en esta universidad porque su edificio permanece abierto como el cielo. Toda la eternidad del espacio es para él, y sin quererlo, colma nuestras vidas con su presencia ausente, con su vida errante, como si fuera un acompañante del silencio, susurra, gutura sonidos y su mirada -como todo él- evade y se arroja... a la nada.

Parece un roble postrado, largamente mancillado, por ignorado, por invisibilizado. No obstante, en esa minúscula presencia se esconde encorvada una vida igual de importante que la nuestra, pero su infortunio no es el nuestro. O de alguna manera lo es, pero de otro modo.

Una leyenda corre detrás suyo: que se trata de un exitoso ex futbolista local, goleador, buen jugador, animoso, creador de buen juego, que en una sobredosis de consumo de algún enervante le hizo tal daño que permanece como ausente, sólo, dentro de sí.

Chuy, le dicen, y él lo acepta. Voltea la mirada que suele llevar clavada al suelo, cuando se le habla por su nombre. Es amigable hasta donde puede. No hay mucho que platicar, porque sólo resiste dos o tres preguntas, las demás las contesta

sin ton ni son, ni lógica, ni deseo, ni ganas. No hila, más bien, pierde el hilo. Pero resiste las primeras preguntas que, si las cambiamos, poco a poco podemos ir sabiendo -de tres en tres- de su existencia tan precaria, tan sumisa, y tan abandonada.

La escuela lo acoge primero porque no tiene cerco. Se trata de una escuela abierta, asentada en una periferia polvosa, rodeada de casas a medio construir unas y a punto de caer otras. La pobreza salta a la vista. Sobre todo las que se encuentran al poniente y que todavía pertenecen a la populosa colonia Villahermosa.

Chuy es un personaje imprescindible de nuestro paisaje ralo. Es parte de este paisaje, pero también nuestra universidad se le ha convertido en un marco de acción, un sentido a su vida. Nos visita todos los días, a todas horas. Se sienta, cavila, piensa, nos mira poco, pero no dice nada. Sus ojos negros anuncian que ahí está, interpeándonos todos los días, como queriendo saber no quienes somos, sino quién es él para nosotros.

Mantener sin cerco esta universidad es una característica fundamental que la distingue. Nuestro edificio se encuentra enclavado en una zona periférica al oriente de la ciudad. Es una muestra de que, pese a las pandillas de cholos que dicen organizarse por este lado de la ciudad, no son malos. Que el problema es de confianza, que ellos mismos pueden cuidar el inmueble, que no tienen porqué cargar con el estigma de delincuencia y maldad que se les endilga.

En este contexto, que por más de 17 años haya permanecido abierta, sin cerco, habla muy bien de que aún fuera de las aulas, educamos. Que el problema no es que haya gente mala afuera de esas paredes sino gente igual que nosotros, con sus tribulaciones, con sus miedos, con sus rencillas, pero también con sus felicidades. Lo único que requieren es confianza, es ser aceptados y admitidos, que la escuela los acoja, los abraza y sea hospitalaria.

Hay un debate dentro del plantel. Unos creen que un cerco daría seguridad, echan por la borda diecisiete años de existencia sin incidentes graves.

Lo hemos discutido ampliamente. Lo que esta gente pobre, abandonada, asediada y vilipendiada necesita es confianza, acogida, recibimiento,

abrazo. Lo otro significa rechazo, separación, abismo, y segregación.

Estos treinta años, lo he dicho, a este campus lo caracterizan muchas cosas. Es lo que defendemos cuando se nos tilda de rebeldes. Lo único que queremos para nuestra universidad es que haya respeto a nuestras formas de vivir. Por cierto, formas de vivir dignas, sobre todo cuando, un amenazado -y con uno basta-, una víctima de su pobreza y de esta sociedad, es el principal afectado.

Nadie piensa en él. Nadie lo visualiza con toda su condición de humano. Lo cierto es que cercar significa dejar fuera a Chuy, pero también a las decenas de niños que por estos lares no cuentan con internet, que por estos cinturones de miseria no cuentan con el beneficio de la duda, con ese deseo de contar, de ser alguien, visualizados, aceptados, recibidos.

.....

La mañana era lluviosa del 2 de julio de 1990. Le precedía a ese amanecer una noche de lluvia intermitente y a ratos copiosa. Las primeras horas dejaban ver las secuelas con calles encharcadas pero alegres y frescas. Era el amanecer de un día que, sin saberlo, marcaría mi vida.

Sentía que era alegre la mañana. De vez en cuando me asalta la idea de que quizá el alegre era yo. Comenzaba de esta forma un trabajo que desde entonces no he dejado de cumplir con todo lo que soy y con todo lo que tengo.

Era la vida de una larga carrera como maestro la que continuaba en una institución donde, sin saberlo, pude encontrarme como ser humano y como persona. Esta universidad me ha dado mucho, lo menos -que no es poco- le ha dado sentido a mi vida, le ha guardado sus mejores cosas y le ha permitido a mi historia de vida, darme cuenta de lo que soy, para lo que estoy y lo que, a estas alturas de la vida, he hecho. Es mucho para mí, y no sé qué tanto he sido yo para ella, lo que yo le haya servido no me toca evaluarlo a mí. Somos una parte de la institución, no por lo que hayamos hecho en ella, sino por lo que ella ha hecho de nosotros.

Los treinta años que cumplió la subselección Nuevo Casas Grandes este pasado dos de julio, los he

cruzado absolutamente todos. Soy el único que queda de aquellos que lo comenzamos todo. El único que quiso quedarse, y que, tan sólo por eso deseó preguntarse cómo hacerla grande, porque encontró en ella una forma de ver el mundo, de vivirlo, de comprometerse con él, de intentar transformarlo aún a contrapelo de sus propios designios.

La UPN me transformó. Puedo decir que su pensamiento, sobre todo plasmado en sus primeros programas profundamente críticos de la realidad, marcó y modificó mi vida porque modificó mis formas de pensar, de vivir, de sentir. En fin, me marcó como una piedra resulta esculpida por el paso lento del agua que cruza por ella, sin sentir, sin aparentemente querer dejar huella. Porque huella es eso, un algo que no quiere dejarse sentir, pero se queda, se siente y se vierte. La huella es una muestra, yo soy una huella de esta universidad que pasó por mí.

.....

En esta subselección, ahora convertido en Campus, desde los primeros días de su existencia instalamos una mesa de discusión acerca de las decisiones que se tomaban para su funcionamiento. Parece una figura sin mucha importancia, pero como todo lo que aparece así con toda su precariedad, se instaló en cada uno de los que hemos sido testigos de su historia y su memoria como la característica principal que nos distingue de muchos planteles.

En esas largas y a veces farragosas y densas reuniones, discutíamos hasta el cansancio. Vertíamos todo lo que somos, combatíamos con argumentos, nos sentábamos dos veces por semana: los miércoles y los sábados a definir los puntos menores del funcionamiento de la subselección, y también muchas veces, los puntos mayores acerca de su destino y la forma sobre cómo darle largo aliento.

De alguna forma, cada quién cargaba una parte de la institución en sus espaldas. Se ponía la camiseta, la sudaba, la lloraba, pero, sobre todo, la disfrutaba. Sin proponérselo, estábamos estableciendo un modo muy democrático de dirigir la institución, de llevarla a sus mejores momentos, de también sufrir los peores.

Nuestras reuniones a veces resultaban fatigosas. Teníamos una regla no escrita pero traída mu-

chas veces para definir nuestras discusiones: todo lo que se diga en esta mesa, así sea en contra nuestra, no es un chisme, para eso es la mesa, para decirnos las cosas que tengamos que decirnos y para definir hacia dónde queremos llevar a la institución.

Otra regla no escrita que en una ocasión definió Jorge Domínguez González, un maestro singular que dejó su huella en su largo paso de casi veinte años por la subse: —Podemos no tener nada qué decirnos, podemos estar tan enojados con nosotros mismos, que yo propongo que siempre vengamos a nuestras reuniones, aunque no queramos hablarnos, sentémonos, vengamos a vernos las caras aunque no digamos nada, es mucho.

Para quien esto escribe, fue un momento sublime que marcó la ruta más escabrosa de aprender a dirimir nuestras diferencias.

Sentarnos en la mesa, que poco a poco fue denominándose como “La Academia”, era asistir a una reunión donde cada quién era lo que era. Podía decir lo que le viniera en gana. El problema se presentaba cuando una propuesta no lograba la corriente de opinión favorable y quien la vertía seguía dispuesto a defenderla, sobrevenían las dificultades que había que superar.

Esa, me atrevo a decir, ha sido la característica que ha definido a esta subse, ahora convertido en campus. La estabilidad que esas discusiones nos dieron por muchos años, habla de su virtud, sobre todo, por la forma como quien la dirigía, aprendía a que siempre debía mantener una relación entre pares. Nadie era más o mejor que otro. Cada quien valía con sus propias virtudes y defectos. Para nosotros, era como vivir la democracia y la libertad, así como la solidaridad y la cooperación todos los días.

En “La Academia” se tomaban decisiones sobre nueva inscripción, el destino del dinero, los cortes de caja, incluso las personas que serían invitadas para colaborar como nuevo personal docente o administrativo. El Directivo en funciones sabía que sus decisiones se apegaban a lo que marcaba la mesa, nada desde su propio fuero interno. Eso complejizaba las decisiones, las convertía en más lentas, pero más decisivas, más sostenidas, y menos sujetas al arbitrio de una sola persona.

Esta forma de vida como institución explica las reticencias actuales que sufre el campus. Pudo haber sido todo en la lógica de la consulta, de la toma de decisiones colegiada, de la práctica de la democracia. Son las decisiones unipersonales, lo que da al traste con un trabajo que había distinguido al Campus.

Hay mucho por contar, este extracto apenas representa un asomo de unas páginas más largas que como homenaje a la subse, al campus, hago desde este modesto ejercicio de expresar con palabras los que trabajamos justo con eso, con la palabra. El libro prácticamente está listo. Ojalá haya mejores momentos y condiciones para presentarlo para que nada se pierda ante la amenaza implacable del olvido...